



FEDERACION UNIVERSAL
DE MOVIMIENTOS
ESTUDIANTILES CRISTIANOS
en América Latina y el Caribe.

Iniciándonos en la ecoteología

Lic. Ricardo González Kindelán

Términos necesarios para adentrarnos en la ecoteología

Ecología: Fue el biólogo alemán Ernest Haeckel (1834-1919) quien por primera vez utilizó el término ecología, quedando así acuñado en 1869. Se compone de dos palabras griegas: oikos que significa casa y logos que quiere decir palabra, discurso, reflexión, estudio. En ese sentido, ecología sería el estudio de las relaciones y condiciones que forman el hábitat (la casa) del conjunto y de cada uno de los seres de la naturaleza. A los efectos del tema que nos convoca, podríamos definir la ecología como la ciencia y el arte de las relaciones y de los seres relacionados. Un planteamiento fundamental para comenzar a comprender la naturaleza y contenido de la ecoteología es que la casa-hábitat-oikos, está hecha, en realidad de seres vivos, materia, energía, cuerpos y fuerzas en permanente relación.

Holismo: Este término, divulgado por el filósofo sudafricano Jan Smutts a partir de 1926, nos llega del griego holos, que significa totalidad y constituye la base de lo que hoy conocemos como visión holística de la realidad. Esta visión representa el esfuerzo de percibir el todo en las partes y las partes en el todo. De esta forma nos encontramos siempre con una síntesis que ordena, organiza, regula y finaliza las partes en un todo y cada todo con otro todo aún mayor.

Contexto actual y tensiones globales

La realidad circundante nos sorprende y desafía. Las dimensiones de las crisis de nuestro sistema planetario a nivel global crece y nos afectan, lo queramos o no. Los

antiguos griegos daban a la tierra el nombre de Gaia, y la entendían como un inmenso ser vivo. Hoy podemos decir que Gaia está enferma y herida.

El ser humano, pudiendo convertirse en el ángel de la guarda de todo lo creado, se convirtió en un ángel destructor y en el depredador por excelencia. Si miramos a los fundamentos éticos-filosóficos de nuestra cultura occidental moderna y secularizada, no nos será difícil determinar las raíces que alimentan el desapego y desinterés del ser humano por su entorno natural. Los maestros de la ética moderna siempre vieron la relación ser humano-naturaleza de una manera utilitaria, un enfoque que hasta hoy nos condiciona y nos ha desviado del plan original de Dios. El filósofo profesional René Descartes, considerado el padre de la filosofía moderna, enseñaba en su teoría de la ciencia, que la vocación del ser humano reside en ser “maestro y poseedor de la naturaleza”. Varios estudiosos han expresado acertadamente que la crisis ecológica que vivimos no es otra cosa que la globalización de una profunda crisis a nivel individual. Crisis que comienza a influir en nosotr@s desde la niñez y que va formando nuestro universo simbólico en función de lo aprendido, para luego consolidarse como único referente básico en la adultez. Así, por ejemplo, en la experiencia de cada persona existe “su mundo”, es decir el cuerpo, la familia, la casa, el espacio de la subjetividad. Ese es el ámbito que generalmente tendemos a mantener cuidado y limpio. Más allá de él existe el vacío, la realidad amorfa y lo indeterminado. Allí podemos tirar desechos y descuidar su preservación. Viéndolo así entendemos los hábitos de muchas personas al tirar la basura en lugares públicos, solitarios o abandonados, aparentemente sin dueños, cosa que no hacen dentro del espacio que consideran propio. Y si para la psicología infantil lo que no se ve, no existe, en la persona adulta puede permanecer, como resabio, la idea de que un objeto que ya no se puede ver, no existe. Por eso el ser humano lanza al fondo del mar o entierra los desechos tóxicos o nucleares, con la sensación ilusoria de haberlos eliminado definitiva y realmente.

El camino de la espiritualidad

Una de las herramientas fundamentales de las que la ecoteología echa mano es la concepción de una nueva espiritualidad que sintonice con las demandas de un nuevo ser humano, más sensible y comprometido, con el cuidado y la protección del medio ambiente, como resultado directo de una interacción

respetuosa con lo divino en todo lo creado. Se trata de una experiencia de base holística, mediante la cual se capta la totalidad de las cosas, una totalidad orgánica cargada de significación y de valor. Para la ecoteología, todos los organismos vivos son sustentados por el Espíritu vivificador de Dios. Pero no solo eso, la tierra toda y el universo son vivenciados como portadores de espíritu, porque de ellos viene la

vida y son ellos quienes mantienen la vida y todo el movimiento creador. En ese sentido, la espiritualidad que promueve la ecoteología comprende aquella actitud que coloca la vida y su defensa como el centro ético fundamental, que promueve la vida contra todos los mecanismos de muerte, disminución o estancamiento. En este sentido, lo opuesto al espíritu no es el cuerpo sino la muerte y todo lo que estuviera ligado al sistema de esta, tomada en su sentido amplio de muerte biológica, social, existencial (fracaso, humillación, opresión).

Ecología y teología: puntos de encuentro

Al igual que el resto de los términos definidos anteriormente, teología es una palabra compuesta por dos raíces griegas: *theos* que significa Dios y *logos* que como ya vimos es el término utilizado para referirse al discurso, al estudio y a la reflexión. Así, la teología es el estudio sistematizado de las cosas y hechos relacionados con Dios, tal y como nos llega por vía de la experiencia humana y la documentación bíblica. Los desafíos ecológicos provocan a la teología. Hacer teología es preguntar siempre cómo se relaciona todo esto con Dios. Las cuestiones suscitadas animan a la teología a revisar concepciones del pasado, a proyectar otras y en razón de los nuevos problemas, actualizar antiguas visiones que quedaron en el depósito de nuestra experiencia acumulada. Sabemos que en el libro del Génesis se presentan dos versiones de la creación y de la misión del ser humano. La primera versión dice: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza para que domine”, “sean fecundos y multiplíquense, llenen y sometan la tierra, dominen sobre los peces” (Gen 1:26,28). Una cosa es el sentido del texto en el marco cultural del escritor casi tres mil años atrás, y otra su recepción por los lectores actuales dentro de otro

marco cultural. El sentido originario del texto es este: el ser humano, en cuanto varón y mujer, es el representante de Dios en la creación, su hijo y su hija, su lugarteniente y aquel que prolonga su obra creadora. Dios creó al ser humano creador, no destructor. Este es el sentido exegético de “imagen y semejanza”. Los términos “sometan y dominen la tierra” deben entenderse en este contexto y no en un sentido despótico, como las palabras sugieren. Lamentablemente no fue ese el sentido que ha predominado. Las palabras “someter y dominar” fueron leídas en el contexto de la modernidad y asumidas literalmente. De allí se entendió la misión del ser humano como la planteó Descartes: un dominador y esclavizador de las fuerzas de la naturaleza para beneficio individual y social. Esa interpretación legítima, con la fuerza de la palabra de Dios, el saqueo que la tierra sufrió y viene sufriendo. Necesitamos revisar esta comprensión y rescatar el sentido originario, profundamente ecológico del mensaje bíblico. En esta teología de la creación, como también se conoce la ecoteología, el ser humano aparece en un lugar singular. Él no está encima, sino dentro y en el límite de la creación. Él es el último en despuntar, se encuentra en la retaguardia. El mundo no es fruto de su deseo o de su

creatividad; no vio su principio. Y como el mundo es anterior a él, no le pertenece a él sino a Dios, su creador. Pero el mundo le es dado como jardín que debe cultivar y cuidar. Por lo tanto, la relación que el ser humano tiene con la creación es fundamentalmente de responsabilidad, una relación ética.

Cielos nuevos y tierra nueva

Esa relación ética y de cuidados del medio ambiente se tornó borrosa y poco vinculante a partir de lecturas fundamentalistas de la Biblia, que fomentaron el escapismo y la indiferencia social bajo las doctrinas de corte apocalíptico que priorizaban un mundo por venir en detrimento del presente. Entonces creció en buena parte de la cristiandad la actitud de asistir pasivamente, y en calidad de espectadores, a la inminente destrucción de todo cuanto vemos, como condición primordial para llegar a alcanzar la imagen bíblica descrita en el Apocalipsis como “cielo nuevo y tierra nueva”.

Pero vale la pena preguntarnos seriamente cuando el Nuevo Testamento se refiere al “fin del mundo”, ¿de qué mundo se está hablando? El Cosmos era en el Nuevo Testamento el lugar donde reinaba el pecado; por eso se dice que los creyentes están en él sin ser de él, porque ellos, como diría la literatura del Apóstol Pablo, son parte de “la nueva creación”, de la nueva humanidad. El evangelio de Juan dice que “Dios amó al mundo y llegó a entregar por él a su hijo único” (Jn 3:16). Por lo tanto, este mundo que Dios ama no será destruido ni tendrá fin. Este fin de mundo, al que posiblemente se refieren los textos del Nuevo Testamento, es el fin del mundo, donde reina el poder del mal que aplasta y oprime la vida (1 Jn 2:16). Este mundo de injusticia tendrá fin; pero cuando el Apocalipsis habla de cielo nuevo y tierra nueva (Ap 21:1-22:5), sueña con un mundo que no tendrá fin y donde ya no habrá aquello que destruye la vida. Lo que busca es restablecer y recrear la vida de manera integral, una vida que contenga el principio de la esperanza. Hoy la realidad nos provoca una relectura apocalíptica de la vida. Todos los fenómenos naturales a causa del calentamiento global, la contaminación de nuestro planeta, los paradójicos avances tecnológicos que deshumanizan, las guerras, todo lo que vemos, sentimos y vivimos nos llevan a plantear que nuestro mundo, tal como está, no puede seguir. Muchas y muchos tenemos la convicción de que la vida triunfará sobre la muerte, pero está en nuestras manos procurar el cielo nuevo y tierra nueva, con la certeza de que el Dios de la vida y de los múltiples nombres nos acompaña en esta travesía.